EL

PARTIDO CATOLICO

POR

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

Santiago
IMPRENTA DE LA «LIBERTAD»
Calle de los Huérfanos, núm. 19 Q

1869

320.983
Ar7p

EL PARTIDO CATOLICO

I

La libertad va mas de prisa de lo que muchas jentes lo desearan, a ser la solucion definitiva i gloriosa de nuestros problemas políticos. Ayer se la miraba con cierto espanto. Hoi el espanto se ha convertido en una fé sincera en la eficacia de su accion.

En vano se maquina contra ella. Desbarata todas las maquinaciones, i cuando se la juzga vencida, héla ahí que aparece vencedora.

Una de sus mas rudas campañas ha sido indisputablemente la campaña de 1868.

Todas las ingratitudes se habian coaligado en su contra. Hombres i partidos que todo se lo deben, se preparaban a darla el golpe de gracia. Demasiado

750283

pequeños para hacer un brillante gobierno liberal, pues no tenian ni la elocuencia de la tribuna, ni la iniciativa del consejo; aspiraban a constituir un gobierno autoritario, silencioso e irresponsable, que les escusara las molestias de la libre discusion.

Jugaron la partida i la ganaron. Pero no contaban con la huéspeda: en el momento de ir a recojer los provechos tuvieron que retirarse con las manos vacías.

¿Este chasco es definitivo? Hai en él un hecho consumado o solo una maniobra?

Hasta ahora nada se descubre con entera claridad. Será preciso aguardar por algun tiempo mas la palabra de los acontecimientos.

II

El alma de esta intriga contra-revolucionaria fué una faccion que trabaja tenazmente por dominar sin contrapeso. Partido en cuadro, sin ilustraciones, sin jefes públicos, sin fisonomías simpáticas, se cree, sin embargo, una gran potencia, porque los hombres que, entre bastidores, son su brazo, su cabeza, su soplo ocupan las mas altas dignidades del templo, tienen en sus manos las bendiciones i los anatemas, el agua bendita i el rayo esterminador. Pero esto mismo le da cierto aire clandestino, que disuena con el espíritu de la época, amigo de la uz, del debate a cara descubierta, de las armas eales.

Puede decirse que esta faccion es el hogar donde han encontrado un asilo todos los elementos del pasado que miran con ojos hostiles así las transformaciones que ya se han consumado como las que se preparan. Querrian detener la corriente del progreso.

Ensayarlo siquiera como partido esencialmente

político, habria sido una temeridad. Ahí estaba, como una advertencia, el viejo partido conservador, escuálido, oscurecido, moribundo, tronco sin sávia de un árbol corpulento herido por el rayo.

Se necesitaba un refuerzo. Se fué a buscarlo en la relijion.

III

La cosa era fácil.

Los reaccionarios se entendieron pronto con aquella parte de nuestro clero que se bate de largos años atras por conquistar la dominacion. Como la libertad le embaraza, no ha vacilado en hacerse contra-revolucionario. Si le sirviera hoi, como en 1858, estaria con ella. Pero hoi la libertad ya no hace su camino a tientas, como entónces. Ya no quiere ser sencillamente promesa, esperanza, rótulo de programa, sino realidad, hecho, derecho, práctica.

Esto turba los planes sacerdotales.

Admitidas las soluciones de la libertad, la iglesia i el sacerdocio quedan fuera del choque de las pasiones i los intereses de la política. El sacerdote podrá entrar en lucha, pero solo en cuanto ciudadano. La fascinacion queda rota.

De ahí los esfuerzos clericales para que tal hora no llegue. El partido católico de hoi, ya no seria sino un partido reaccionario.

Así, no es un interes relijioso, sino un interes radicalmente político el que hai en el fondo de todos sus actos.

IV

Ni puede ser de otra manera.

El partido católico, importacion esencialmente francesa, es entre nosotros una creacion artificial, caprichosa, fantástica, que no responde a ninguna necesidad social ni relijiosa. Al contrario, es un peligro para la relijion i para la sociedad.

Ya lo comprenden así muchos católicos sinceros. Esperamos que así lo comprenderán todos ántes de mucho tiempo.

Ved los partidos que ataca el partido católico. Toma por soluciones impías las soluciones liberales, pacificadoras, lójicas de esos partidos. Está fatalmente condenado a calumniarlos.

Su prensa dice de ellos todos los dias que conspiran la ruina de la Iglesia i la subversion de las creencias.

Inexacto! Pedid a esa prensa la prueba de su acusacion. ¿Sabeis en qué hace estribar los peligros de la Iglesia i de las creencias? Es para no imajinarlo. En que se pida libertad completa para todos los cultos. Y los que esto afirman, afirman, al mismo

tiempo, que tienen fé profunda en la eternidad de la Iglesia católica, porque la verdad católica que la consagra, es la verdad única, la verdad inmutable, la verdad imperecedera, la suprema verdad.

Entónces, ¿por qué temer a la libertad?

¿Será porque permite al error que levante altar contra altar, diario contra diario, cátedra contra cátedra? Pero eso nada importa. La verdad se fortifica en la controversia, que es para el alma lo que el movimiento para el cuerpo. La vida sedentaria hace perezosos. La creencia que no se afirma hace indiferentes.

Los hechos lo comprueban. En ninguna parte gana mas terreno la indiferencia relijiosa que en los paises católicos. La mayoría de los creyentes cree maquinalmente, cree sin darse cuenta de lo que confiesa, cree por comodidad, por hábito o por negocio. Miéntras tanto, toda creencia perseguida será, mas tarde o mas temprano, una creencia victoriosa, porque la persecucion hace a sus sectarios hombres de actividad, de fé, de apostolado, de lucha.

Pero es vano esfuerzo tratar de que comprendan esta verdad los católicos intransijentes i batalladores. Discuten, para ahogar la discusion; luchan, para condenar la lucha. Segun ellos, la controversia no fortalece las creencias, sino que turba los espí-

ritus. Un creyente debe ser un hombre de fé, no de razon; debe creer porque cree, porque le mandan creer. Ahí, en esa abdicacion de su personalidad intelijente, están su tranquilidad, su fuerza, su salvacion.

¿Cómo no se ve que tal abatimiento del hombre no ha podido caber en los designios de Dios? Suprimir la razon, es suprimir por el mismo hecho el ser intelijente i libre.

Uno se asombra de estas doctrinas, pero, sobre todo, de que se las presente como el ideal hácia el cual deben aspirar las sociedades humanas, si no quieren perecer miserablemente.

V

Quisiéramos saber qué han salvado alguna vez tales doctrinas.

Durante siglos tuvieron de su lado las sangrientas sanciones de la espada del césar. Entónces fué cuando la familia cristiana se dividió i quiso recobrar su unidad ultimándose desapiadadamente. Al precepto evanjélico: *amaos los unos a los otros!* se sustituyó este otro precepto atroz: *esterminaos los unos a los otros!* Entónces al apóstol sucedió el verdugo; a la luz de la controversia, luz de la inteligencia, luz de Dios, la luz de las hogueras, luz de esterminio, luz de Satan. En homenaje i gloria de un Dios de paz, de amor, de justicia, de humanidad los hombres eran, segun el lado de la frontera que ocupaban, verdugos o víctimas.

¿Qué ha concluido con las guerras relijiosas?

La tolerancia.

¿Qué hará imposible su restauracion?

La libertad completa.

Tal es lo que piden los partidos liberales i lo que

condena el partido católico como contrario a la relijion i a la Iglesia. Quiere que la espada del césar esté siempre de su lado. Quiere ser el señor, pero promete ser un buen señor, hacer ámplias concesiones. Se puede contar con las munificencias de su bondad.

Es el eterno lenguaje de los pretendientes.

VI

Pero la fuerza de las cosas es siempre superior a las mas firmes voluntades del hombre. Desde que un derecho queda a merced del humor de un gobierno o un partido, no tiene existencia propia; ya no hai, realmente, sino arbitrariedad.

No dudamos enteramente de la sinceridad de nuestros reaccionarios, cuando nos prometen un réjimen moderado, una autoridad templada, cierta mansedumbre de maneras. Desearian observar estos hábiles procedimientos. La esperiencia de los gobiernos represivos es bien elocuente. Se resume en dos palabras: zozobra incesante, revolucion periódica:

Desgraciadamente no podrán cumplir sus promesas. La lójica de sus creencias los arrastrará a las últimas estremidades.

No se detiene ante pequeñas consideraciones, quien cree poseer la verdad que salva los pueblos i salva las almas. ¿Qué será para él, al lado de la salvacion de un pueblo, el respeto a la libertad de unos cuantos adversarios? Nada! El fiel de la balan-

za se inclinará siempre de aquel lado. La salud del pueblo será la suprema lei. ¿Qué podrá el respeto a un puñado de libres pensadores al lado de la tranquilidad de la mayoria en sus creencias? Ménos que nada. La eterna salud pasará siempre primero. Será a arbitrariedad, la persecucion, la inclemencia, el despotismo con la conciencia mas íntima de que no há retractado sus promesas, sino para el bien del pueblo que cabalga. Será un despotismo lleno de caridad, de piadosas intenciones, de fervientes protestas; será la tiranía del bien, que es la mas odiosa de las tiranías. Oh! cuando la inquisicion perseguia a un hereje, lo sometia a la tortura, lo arrastraba a la hoguera, creia salvarlo. Oh! sus intenciones eran nobles: queria arrancar la mala semilla en provecho del buen grano.

El partido católico protestará, pero ahí conducen sus doctrinas. No conjeturamos, relatamos.

Esa es su historia de ayer, i un poco tambien su historia de hoi.

No ve otra manera de salvar la relijion i la sociedad.

Pues bien: camina a perderlas o a comprometerlas cuando ménos.

VII

Los católicos políticos son amigos verdaderamente terribles del catolicismo. Ni sus mas hábiles enemigos le han ocasionado jamas daños tan considerables. Hacen de él la barrera del progreso. ¿Cuál de las conquistas de la civilizacion moderna no es condenada por sus doctores, o a lo ménos entregada a la desconfianza de los creyentes? La razon debe estar de rodillas ante la autoridad. Es la autoridad quien debe decirle lo que puede pensar, creer, escribir, enseñar. Tan pronto como se separa del camino trazado, cae en delito ante la lei humana, en pecado ante la lei divina.

Bien se comprende que sobre semejantes bases es imposible constituir un pueblo libre. Un pueblo solo es realmente libre cuando posee todas las manifestaciones esenciales de la libertad de pensar. Desde que se limiten esas manifestaciones, el pensamiento estará mas o ménos oprimido, pero no será libre. En la plenitud de su accion reside la libertad, porque es la que forma la personalidad.

Admitido el derecho de imponer al pensamiento

otro conductor que la razon, se esplican i aun se justifican todos los despotismos, así los mas hábiles como los mas absurdos, así los despotismos relijiosos como los políticos, los morales, los científicos, los artísticos, los industriales. El hombre es la cosa de la autoridad, que lo conduce al bien o al mal, a la verdad o al error segun los caprichos de su omnipotencia. Ya nada es verdad o error por sí mismo, sino por obra de los decretos de la soberanía gubernamental. Ai del que disienta! Ante el criterio social es un sujeto peligroso. Ante el criterio canónico es un disidente, un impio, un hereje

---

Cuantos obstáculos encuentra en su camino la civilizacion, nacen de ese desequilibrio entre la autoridad o la personalidad social, i la libertad o la personalidad individual. Aquella invade constantemente los dominios de ésta.

Pero no hai usurpacion que sea eterna. Si es frecuente encontrar a la iniquidad elevada a la categoría de hecho consumado, tambien se encuentra, volviendo unas cuantas pájinas de la historia, o que ha tenido que lejitimarse, siendo la lójica; o que ha tenido que perecer. En último resultado, no son hechos consumados, hechos eternos sino los hechos dignos de ser consumados. Todo es cuestion de tiempo.

El gran trabajo de la civilizacion, trabajo cada dia mas visible, propende a establecer el equilibrio entre la autoridad i la libertad, dando a cada cual lo que le pertenece.

La autoridad es una creacion enteramente social. La base de cuanto existe es la libertad. Este es el poder orijinario. La autoridad tiene un poder con-

cedido; por eso es ajente, mandatario. El soberano, el mandante es el individuo, es decir, la libertad.

Miéntras tanto, en la imperfecta organizacion actual, el mandatario se arroga derechos que el mandante no ha podido acordarle sin anularse. Todos los dias vemos al mandatario negar la capacidad de su mandante para proceder en la entera independencia de su voluntad. Si el mandante era incapaz, ¿de dónde deriva su lejitimidad el mandatario? Destruye con sus propias manos su legalidad. Toda tutela es una usurpacion hija de la astucia o la violencia.

Hé ahí lo que afirma la civilizacion. Por eso hace suceder a las libertades reglamentadas al capricho de la autoridad, césar o lejislador, las libertades reglamentadas por sí mismas, por el único soberano lejítimo:—la razon!

Pues bien: tanto la política católica como el partido catòlico ven en todo eso una subversion de las bases fundamentales en que descansan la sociedad i sus instituciones, la relijion i sus verdades.

De esta manera la civilizacion moderna queda de hecho declarada anti-católica. El catolicismo i la libertad completa se escluyen. Un pueblo libre i un pueblo católico son imposibles. Es necesario ser católico o ser liberal.

Felizmente, esa no es la verdad.

Ved a los católicos desinteresados trabajando siempre por establecer la armonía entre la Iglesia i la civilizacion.

Tal fué el gran esfuerzo de M. de Lamenais. A su lado hicieron sus primeras armas en esta noble empresa, espíritus tan distinguidos i creyentes tan convencidos como el conde de Montalembert i el padre Lacordaire. M. de Lamenais concluyó por desesperar completamente, lo que produjo su divorcio con la Iglesia.

Pero es necesario insistir. Su propósito era lójico i era previsor. Es posible admitir todas las conquistas de la civilizacion moderna, sin las cuales una nacion seria un verdadero anacronismo, como es la Roma de los papas, respetando, no obstante, las decisiones de la Iglesia en todo lo que es de su dominio. Basta para esto no confundir a Dios i al césar.

Los católicos reaccionarios se complacen en esa confusion. Creen que la relijion gana en fuerza, en dignidad, en estabilidad, en respeto poniendo a sus órdenes la espada del Estado.

Esta es la doctrina, verdadera doctrina de la undécima hora, que hoi domina en la corte romana; es la doctrina que defiende en Francia la prensa ultra-católica, teniendo por jefe de fila a M. Veuillot; es, en fin, la doctrina que hoi hace fortuna en los conciliábulos del partido católico chileno. Bajo su influencia se han creado sociedades relijiosc-políticas, como la asociacion cantorberiana; o sociedades politicc-relijiosas, como la asociacion de los amigos del pais. Aquella quiere la Iglesia independiente, pero protejida; ésta quiere la Iglesia dominadora: todo debe partir de ella i todo debe venir a ella. La sociedad civil queda anulada.

Cuantos promueven esta cruzada, si son sinceros, acometen una temeridad; si son solo ambiciosos,

cometen un crímen. Tomar a Dios como un instrumento para dar aire a planes de poderío mundano, es una impiedad.

Desgraciadamente es lo que estamos viendo.

Todas las jenerosas aspiraciones de los hombres de libertad se miran combatidas en nombre de las doctrinas católicas

Si se pide la libertad relijiosa, el catolicismo se opone.

Si se pide la libertad de la prensa, hé ahí de nuevo al catolicismo oponiéndose a ella.

Si se pide la libertad de la enseñanza, todavía, si se la admite, es como una transaccion, que debe inspirar a los buenos creyentes todo jénero de desconfianzas i de terrores. Se la admite como una dolorosa necesidad, porque en el fondo es la inmoralidad, el ateismo, la juventud sin relijion i sin Dios.

Cuando no se tiene contra la libertad una condenacion, se tiene contra ella una calumnia.

Miéntras tanto, ¿qué es la libertad de la enseñanza? Es entregar la vijilancia de la educacion a quien corresponde, a la familia.

Hoi es preciso, o renunciar a que el niño frecuente la escuela comun, o admitir que se le alimente en las verdades oficiales. Es forzoso elijir entre hacer un ignorante, o hacer un adversario.

Libre pensador, debo admitir que se eduque a mi hijo en el ódio o en la desconfianza de los libres pensadores. Protestante, debo admitir que se eduque a mi hijo en la creencia de que el protestantismo es un error que conduce a la perdicion eterna. En cualquiera otro caso, no podrá abrirse la puerta de ninguna de las profesiones que necesitan del diploma de la autoridad.

Hai ahí una insolente invasion en los derechos de la familia.

¿Cuál de nuestros políticos católicos la toleraria? Cuál, viviendo en un pais protestante, no clamaria porque concluyese el reinado de la verdad oficial?

Pero aquí no. Desde que la verdad oficial es la suya, nada encuentran mas peligroso que la libertad de la enseñanza.

Siempre son lo mismo. Admiten la libertad que les aprovecha, condenan la que lastima sus privilejios. En Irlanda están con Mr. Gladstone, que reclama la Iglesia libre en el Estado libre. En Italia están contra M. de Cavour, que queria lo mismo.

Jamas comprenderémos cómo la libertad, que es la justicia en tierra de protestantes, cese de ser la justicia en tierra de católicos.

Convenimos en que el católico debe creer que su verdad es la verdad inmutable, la verdad eterna, la única verdad. Pero, ¿cuál es el creyente convencido, el buen creyente que no piensa de la misma manera?

La verdad es una. Mas, si yo, católico, tengo el derecho de afirmar que esa verdad pertenece a mi relijion, ¿por qué puedo negar un derecho idéntico al protestante que vive al amparo de las mismas leyes que yo? Si yo, católico, tengo el derecho de adorar a mi Dios en mi casa i en mi templo, ¿por qué negaré ese derecho al protestante? Si yo, católico, en fin, puedo educar a mis hijos en mi creencia, bautizarlos en mi parroquia sin la intervencion de una autoridad estraña, puedo ser marido, padre, formar sin embarazos una familia, ¿por qué negaré a los que no piensan ni creen como yo iguales prerrogativas?

En buena hora la lei canónica diga lo que quiera contra ellos. En buena hora ciérreles las puertas del cielo. Pero no hai razon alguna para que la lei civil

les cierre tambien las puertas del derecho, de la igualdad, de la libertad. Esta no trata de las relaciones del hombre con Dios, sino, esclusivamente, de las relaciones de los hombres entre sí.

Pues bien: hé ahí lo que se llama impiedad, i se pretende hacer sospechoso al espíritu de los creyentes.

Veamos un poco de qué manera.

XI

El partido catótico posee una actividad asombrosa i un espíritu de proselitismo infatigable. Nada lo desalienta ni nada lo detiene. Donde quiera que encuentra un arma, la admite sin preocuparse de su temple. Es un partido de combatientes, no un partido de hidalgos, por mas que cuente en su fila algunos prosélitos que creen todavía en los cuarteles de nobleza.

Uno suele encontrar una espada o una pluma delante de su espada o de su pluma, pero tras ellas se esgrimen todo jénero de armas aleves: el confesonario, la cátedra sagrada, la autoridad de la dignidad sacerdotal, las influencias de la familia, las conspiraciones clandestinas i, como coronamiento, la calumnia. Todo hombre que no sigue las aguas del partido católico, sino es un hombre peligroso, es, cuando ménos, un hombre contra el cual debe estarse en guardia. Sus adversarios son siempre enemigos de la Iglesia, de la relijion, de Dios. En toda cuestion política debe haber forzosamente una cuestion relijiosa. El *Syllabus*, que pretenden hacer

el Evanjelio del siglo diez i nueve, sirve admirablemente a sns planes. ¿Qué no ha condenado? Adónde no ha hecho penetrar la cuestion dogmática? Ha erijido en dogma lo que hasta ahora estaba entregado a la libre apreciacion de los creyentes. Si algo ha falseado profundamente la palabra evanjélica, la palabra de Jesucristo, la palabra de Dios, es esa palabra de Roma, desafio temerario a las sociedades modernas, grito apasionado i angustioso de un réjimen que agoniza. Se ha esperado detener el progreso fulminando contra él los rayos del anatema. La libertad turba el sueño del pontífice-rei. La maldicion debe disipar la pesadilla.

Engaño!

Mui diversa seria la situacion presente de la Iglesia, si, en lugar de hacerse barrera, hubiese tratado de colocarse al frente del movimiento humano; si, en lugar de maldecir de todas sus conquistas, hubiese entrado a purificarlas de los elementos enfermizos que las turban.

Pero no: ha querido ser la autoridad; no ha sabido ser la luz.

Estamos tocando las consecuencias.

El partido católico obedece entre nosotros a esa tendencia con una pasion verdaderamente maquinal. Sus camaradas de Francia se dividen en grupos mas o ménos avanzados, hai en su hogar quienes procuran atenuar las cortantes declaraciones de Roma. Ahi está M. Dupanloup, M. de Montalembert, M. de Falloux. Pero aquí nada. Los ultra-católicos mandan en toda la línea. Las transacciones son imposibles. M. Veuillot es el gran doctor. Por eso no hai violencia de maneras, de lenguaje, de juicio que no se permitan nuestros católicos políticos.

Leed su prensa. Se encuentran en ella verdaderas brutalidades de lenguaje contra los adversarios. No se siente tranquila con solo combatirlos; necesita injuriarlos. Bajo la influencia de estos procedimientos, la controversia mas abstracta se convierte en una polémica apasionada. El debate que no araña ni muestra los puños es una fria disertacion. Ya que no se puede quemar a los adversarios, siquiera se les desgarra. Aquellos son enteramente los procedimientos de M. Veuillot: invectiva irritante ántes que razon concluyente.

Se imita servilmente al *Univers*. Nunca se llega a sus horas de talento, pero sí se llega siempre a su hiel i a su cólera. Todo lo que hiere de frente los grandes principios de la civilizacion moderna en la política, en la ciencia, en el arte, encuentra un aplauso estrepitoso en las columnas de la prensa reaccionaria. ¿La libertad de un pueblo cae? Héla ahí entonando un himno de fiesta. ¿Un pueblo se levanta a la libertad? Héla ahí recelosa, al acecho de cualquier punto negro para caer sobre el gran acontecimiento. La revolucion española es un cáos. La Italia liberal es un despojo abominable. Cuando la prensa reaccionaria no ataca bajo su propia responsabilidad, va a buscar en la prensa europea de su escuela las armas que no se atreve a esgrimir por sí misma. Todo lo que el mundo liberal aplaude, venera o respeta, no halla en sus columnas sino la injuria, ya fabricada aquí o ya importada.

Id a estudiar en ella la ajitacion italiana i sus jefes. Aquello es una iniquidad sin nombre. Garibaldi, ese héroe lejendario, es un bandido o es un cobarde. Sus esfuerzos por la unidad son un crímen. Cavour, el gran ministro, es otro truhan de mal jénero a quien es necesario colocar entre los perseguidores de la Iglesia. En vano es pedir imparcialidad. Solo se encuentran todas las injusticias i todas las violencias de la polémica.

Se querria que la prensa chilena entera fuese el eco de estas imposturas i de estas cóleras. El pais no deberia escuchar sino las opiniones ultramontanas i reaccionarias.

Esto es audaz. Pero lo que es triste es ver una verdadera falanje de sacerdotes haciéndose instrumentos de este plan, en que hai mucho de los cálculos de una política de mercaderes.

No bastando el confesonario, la cátedra, el aula, los consejos o las seducciones de la intimidad para saldar déficit enormes, se ha ido mas léjos. Bajo las esterioridades de una disertacion dogmática, que no era sino una disertacion alevosa, se ha trabajado por hacer atmósfera contra la prensa independiente. Ningun católico debe llevarle el óbolo de su suscripcion. Esto basta para ponerlo a la puerta de la herejía o, cuando ménos, del pecado.

Hé ahí conclusiones que no se apoyan en ninguna premisa, pues no se formula contra la prensa odiada una sola acusacion categórica, definida, precisa. Se la coloca en la fila de los escritos peligrosos, sin señalar sus peligros. En la fila de los escritos inmorales, sin señalar sus inmoralidades. En la fila de las obras de los perseguidores, sin señalar cuáles son sus doctrinas de persecucion. Si quisiéramos calificar esta conducta valiéndonos de las formas concluyentes de la literatura ultramontana, bien po-

driamos decir de ella que era una nécia impostura.

Qué! se acusa a la prensa independiente de dar el pro i el contra de todas las cuestiones? Cuál es el diario que no procede de la misma manera, fuera del diario clerical?

Qué! se la acusa de beber en las fuentes de la prensa liberal? Por segunda vez, ¿cuál es el diario que no la imita?

Sin embargo, se condena al *Ferrocarril*, a la *Patria*, a la *Libertad*, i se perdona al *Mercurio* i la *República*.

Fuera del terreno político, ¿en qué se diferencian?

En nada! Es el mismo espíritu literario i artístico; es la misma manera de comprender el diario i de hacerlo.

Entónces, ¿por qué esta estraña justicia?

Todo acto sinceramente de conciencia se caracteriza por su desinteres. No hai desinteres en caer solo contra aquellos diarios que son adversarios políticos, i estender una absolucion tácita en provecho de los camaradas o de los indiferentes. Cuando se procede como sacerdote no hai derecho de hacer escepciones.

XIII

Nunca el partido católico habia manifestado el fondo de su alma como en esta vez. No es el creyente quien habla en él, sino el partidario. La política i sus maniobras están ántes que la relijion i sus verdades. Es el partido de un fin humano perseguido a la sombra de un principio divino.

Sus alianzas están caracterizándolo. ¿Un libre pensador puede dar aire a sus ambiciones? Héle ahí en favor cerca del cenáculo. ¿Un católico sincero las contraría? Héle ahí fulminando. En el reino de estos estraños creyentes no se entra por la puerta de la verdad católica. Se entra ahí, aun sin ser católico, con tal de ser arzobispista. Esto es cuanto se necesita. No se pregunta a los que golpean a la puerta:—¿Crée usted en Dios? Se les pregunta:—¿Crée usted en el metropolitano? Sí? pues adelante! —Nó? *Vade retro!*

Hé ahí lo que manifiestan todos sus actos. Sus predicaciones, sus folletos, sus enseñanzas, sus polémicas, todas las tendencias de su propaganda

insensata trabajan en hacer odioso al adversario político mucho ántes que al adversario relijioso. La epidérmis de su soberbia es de una sensibilidad esquisita. La de su creencia se resigna, transa, es la epidérmis de un flemático i casi podríamos decir de un indiferente.

XIV

Despues de haber estudiado sus doctrinas, sus armas i sus tendencias, veamos un poco sus hombres. Es una revista curiosa.

Entre los que revisten el carácter sacerdotal, que son los que llevan la cabeza de la columna, ¿cuál habria sido un mártir o un misionero? Se habla de su talento, de su ciencia, de sus virtudes, mas no se encuentran en ninguna parte los actos que confirmen esa ilustre ejecutoria. Todos tienen los ojos en el breviario, pero el oido puesto a los rumores de la calle, sus luchas, sus pasiones, sus cálculos, sus planes, sus intrigas, el ir i venir de la eterna comedia. Ocupan grandes puestos de los que se sirven admirablemente para esplotar todas las preocupaciones, todas las codicias, todos los egoismos, todos las flaquezas, todas las vehemencias de la mediocridad. Qué enjambre el que los rodea! Qué caras, qué jestos, qué trajes, qué procedencias! Aquella es una coleccion de aves de todos los plumajes i de todas las zonas. Tenemos el honor de que nuestro pais se haya convertido en la playa del refujio.

Rompe la marcha el metropolitano, que parece estrecho entre los Andes i el mar. Naturaleza vehemente i nerviosa, carácter despótico, no comprende sino la obediencia pasiva. Su voluntad debe ser lei para sus súbditos espirituales. Ai de los que resistan! Caeràn en su desagrado, i gracias a la organizacion de la Iglesia, aquí puede decirse todavía que la mirada del señor trae fortuna o desgracia. Hai en él muchas de las cualidades de un jefe de secta i sobre todo de un jefe de partido: audacia, persistencia en el propósito, conocimiento de su pais i de sus hombres, una soberbia que nada dobla, un espíritu batallador siempre dispuesto.

Viene a su lado el obispo de la Concepcion, que haria un brillante capitan de coraceros. Rostro atezado, ojo de fuego, maneras acentuadas, espresion resuelta, voz poderosa, ancha espalda, brazo fornido, es un hombre que parece un poco estraviado entre las jentes de iglesia i bajo su sotana morada: habia nacido para sablear i no para bendecir. Felizmente, los hombres de armas son hoi bienvenidos en los dominios de la Iglesia, que se ha decidido por los zuavos.

Hai en este obispo todo un encantador. Tiene una ciudad entera a sus piés: mujeres, hombres, niños, jueces, jendarmes, abogados, litigantes, comerciantes, industriales, funcionarios. Su domina-

cion es absoluta. Imposible seria reconocer en el príncipe de la Iglesia de hoi al humilde sacerdote de otros dias, obsequioso, modesto, sumiso a los poderosos, estraño a los contajios de ciertas soberbias. Sisto V ha tenido muchos imitadores en nuestro clero.

El obispo de la Concepcion que ha hecho de la capital de su diócesis un convento, ¿qué grandes ejemplos le ha dado? Es el primero de todos en el redil. ¿Es tambien el servidor de todos?

Pero pasemos.

En este mismo momento, hé ahí que se escurre tras el obispo de la Concepcion, un recien llegado: es el obispo de la Serena. Nadie sospecharia que ese rostro pálido, redondo, bonachon era el rostro de un rebelde, de un antiguo presidente de los cantorberianos, de un clerical de una pieza. Pues bien! es todo eso. Hombre resuelto, se prepara a subir el primero al asalto del patronato. No prestará el juramento tradicional.

¿Es un escrúpulo o es un ensayo? Sus camaradas de prelatura no se han detenido en tales nimiedades. Un juramento no es nada. Se dice sí! con los labios, nó! con el alma, i todo queda salvado.

¿Quién viene en seguida? Ah! es una figura que hemos visto pasar por los bancos de nuestras asambleas políticas; es un prebendado orador que

ha hecho sermones parlamentarios. Corre a su cargo la educacion de la juventud del partido, que divide con la compañía de Jesus. Ha dejado preciosos recuerdos de su mansedumbre i su uncion en las aulas de nuestro Instituto, donde trataba las creencias de sus adversarios como pais conquistado. Pero su fisonomía no tiene ninguna revelacion. Hai en sus labios una perpétua sonrisa i sus ojos siempre miran humildemente. Mas, bajo esas apariencias, se ocultan fuertes pasiones.

Puede decirse de él que es el jefe de estado mayor de su partido. Fué un dia de duelo para los suyos aquel en que quedó a la puerta del parlamento i derrotado por un libre pensador. Nadie ha hecho mas que él para crear la prensa reaccionaria en la que se ha batido mas de una vez en persona, que vijila de cerca, i en cuyo sostenimiento ha embarcado a toda su casa.

Rector del Seminario, su influencia, su vijilancia, su autoridad se estienden a todos los establecimientos de enseñanza dirijidos por corporaciones religiosas. Se le ha procurado tambien un puesto en el consejo universitario. Es el ministro de instruccion pública de nuestra Iglesia. Oh! formará soberbios demócratas este humilde cristiano que niega a los hijos de sastre el derecho de ser jefes de secta.

Entre sus camaradas se le mira como uno de los

hombres mas eminentes del partido. Es sagaz, tenaz en sus propósitos, de una fuerza de carácter indomable. No os fieis de ese andar que no se siente, ni de esas actitudes humildes i recojidas. Bajo esas esterioridades hai un luchador resuelto, un organizador de lejiones, un sectario fervoroso.

Es él quien ha arrastrado a la política al señor Irarrázabal, quien lo ha hecho empresario de diario, jefe de partido, acusador; quien sueña llevarlo hasta la presidencia. El señor Irarrázabal se deja conducir por su fascinador. Entregado a su sola espontaneidad, no se daria jamas las molestias de la vida política. Pero el señor Larrain Gandarillas le dice: id! i el señor Irarrázaval va, siempre soñoliento, distraido, de mal humor. Es algo como un héroe por fuerza.

Hombre de fortuna, se preocupa mui poco de lo que pasa a su alrededor. Educado conventualmente, el estrépito del mundo no le seduce sino que ántes lo embaraza, pues carece de la amplitud de maneras i de intelijencia que trae el roce de los hombres i de las cosas. Mandando en jefe la gran campaña parlamentaria de la reaccion, ni un instante se le vió a la altura de su papel. Maniobraba por cuenta de otros. Ninguna espontaneidad, ninguna inspiracion, ninguno de esos golpes repentinos que revelan un hombre político, un jefe de

partido, una alta inteligencia. Se perdia entre los suyos. Sanfuentes le usurpaba incesantemente su puesto.

Hoi es Errázuriz quien parece llamado a sucederle. Al ménos en él están cifradas todas las esperanzas del partido. Seria la resurreccion de Lázaro. Pero falta el nuevo Cristo.

Solo los grandes propósitos i las grandes convicciones tienen el poder del milagro. En el partido católico no hai nada de eso. Hai ambiciones, soberbias, orgullo, audacia de pretensiones, impaciencia de llegar a la dominacion; pero no poniéndose al frente de una idea jenerosa i nacional, sino aprovechando las preocupaciones del pasado. Quieren llegar a la dominacion, como decia M. de Chateaubriand, arrojando a los piés de las jeneraciones que marchan losas de tumbas i fragmentos de ruinas.

Tras esos hombres, aplaudiéndolos, venerándolos, postrados a sus piés, viene la multitud, la turba, en la que hai muchas ignorancias sinceras, pero muchas mas especulaciones astutas. Las ropas talares son infinitas. Las faldas tambien son numerosas. Se cuenta con una larga columna de Magdalenas que prestan mui buenos servicios. La piedad relijiosa es una playa siempre hospitalaria para los grandes naufrajios de la belleza o del corazon.

Los laicos son los ménos numerosos. Entre los

jóvenes, conquistados por la educacion jesuítica, hai una que otra intelijencia; pero entre la jente madura, nada! Rostros sin espresion, vientres considerables, algunos escudos i ninguna idea. Todo es lastre.

Estos salvadores de la verdad cristiana solo saben comprometerla.

No pudiendo cimentar su imperio sino sobre las ruinas del réjimen liberal, se complacen en hacer a la relijion solidaria de cuanto es barrera, resistencia, lucha. Todo atentado reaccionario está cierto de contar con sus bendiciones i sus complicidades. Bendijeron el 2 de diciembre en Francia; bendijeron el imperio en Méjico; hacen causa comun con todas las dinastias condenadas. Su cuartel jeneral, Roma, es hoi el asilo de todos los Borbones desterrados i conspiradores. Allí está Francisco II. Allí irá, mañana quizás, Isabel II. Los ametralladores de pueblos i de libertades pueden contar con sus admiraciones: son de los suyos.

Entre nosotros, ¿cuál es la causa impopular, antipática, odiosa que no tenga el apoyo del partido católico? No ha desaprovechado ninguna oportunidad de arrojar la política gubernativa en los caminos de la resistencia. El ejercicio de la libertad le

espanta. El menor estremecimiento de la opinion le pone colérico, i echa de ménos una mano enérjica que lo contenga. Aplaudió estrepitosamente la persecucion de setiembre contra la prensa. Fué a ocupar la vanguardia entre los perseguidores de la Corte Suprema. Hizo gran ciudadano, gran orador, héroe de aquel estraño personaje que, gracias a él, convirtió en cuestion nacional los chascos de su avidez. Oh! sentia una alegría loca al ver restaurados los peores procedimientos reaccionarios. Su alegría de aquel entónces solo fué igual a la cólera que se apoderó de él en seguida, ante el imprevisto cambio de escena. Ya habia estirado la mano para recojer el botin de su victoria, cuando hé aquí que se le señala la puerta. Era de verle creyéndose la omnipotencia en el palacio: hacia i deshacia ministerios; creyéndose la omnipotencia en el parlamento: hacia i deshacia presidentes. Un dia iba a castigar al presidente Amunátegui. Pero, al dia siguiente, cambiaba de opinion; lo declaraba un presidente dócil i un adversario poco embarazoso. Jamas la realidad habia llegado a un poder cómico igual.

I despues, nada!

Decididamente habia de que irritarse ante un desenlace tan cruelmente inesperado.

¿Qué habria sucedido si los planes de la reaccion

se consuman? Teníamos el despotismo o teníamos la revolucion; hai un golpe de autoridad o hai un golpe de pueblo.

Tales son los desenlaces a que conduce lójicamente la política reaccionaria, a pesar de las bendiciones de los hombres de iglesia.

XVI

La vida del partido católico es una batalla de todas las horas contra las soluciones de la libertad.

Hace poco celebraba el centenario de la espulsion de los jesuitas. Esta espulsion fué un acto de autoridad. Pues bien: hé ahí a nuestros católicos políticos que la toman por pretesto para fulminar a la libertad, como a un enjendro de Satan que no dará al mundo sino perseguidores de Dios, de su Iglesia, de sus sacerdotes.

Injusticia soberana i estraña lójica la que así maldice la salud!

Pero si protestan de ser barridos, no les desagrada barrer. No condenan la omnipotencia del césar. sino las hostilidades que tiene contra ellos. Estando con ellos, salva siempre relijion, familia, sociedad. Estando contra ellos, se convierte en tiranía liberal. El césar que espulsa a los jesuitas es abominable. Pero el césar o el lejislador que niega a los adversarios del jesuita la libertad de su creencia, es un cesar o un lejislador cuerdo, previsor, cristiano.— Oh! dicen, nada de transacciones con el mal. Acor-

dar un derecho igual a la verdad i al error, cuando no es una iniquidad, es un delirio.—Pero, si no dejais a la libertad que resuelva la cuestion entre el error i la verdad, ¿no veis que es preciso recurrir a la fuerza, i abrir así de par en par las puertas a las infabilidades de la autoridad?

De tales pretensiones arrancan contradicciones monstruosas, que son tambien una ingratitud.

Si la libertad es una cosa tan peligrosa que es necesario mantenerla eternamente vijilada, ¿cómo sucede que la ejercitais ámpliamente en vuestro provecho? Ah! quereis la libertad para vosotros i para vuestra predicacion i vuestra enseñanza relijiosa, científica, literaria, social; pero no para las demas predicaciones ni las demas enseñanzas. Ah! quereis la libertad colocada a vuestro lado, defendiéndoos con su espada, persiguiendo por vuestra cuenta; comprendeis la libertad privilejio vuestro la autoridad jendarme vuestro; pero no la libertad derecho comun ni la autoridad intermediaria imparcial i desapasionada entre los miembros de la comunidad, custodio fiel de los fueros de cada cual.

Por eso estais condenados a vivir eternamente en el campo de la reaccion, i a ser enemigos sistemáticos de la civilizacion que tiende a resultados diametralmente opuestos.

XVII

Felizmente, la mayoría de los católicos no sigue esta corriente. Si parece caracterizar a la sociedad católica, es porque cuenta con el apoyo de sus altos dignatarios, que habituados a los privilejios, a las preeminencias, soberbios i ambiciosos quisieran tener a sus piés creyentes i ciudadanos, ser concilio i parlamento, Iglesia i Estado, lei canónica i lei civil.

Fundad una democracia sobre semejantes bases! Nó. Solo es posible la teocracia, los gobiernos de casta, la absorcion de las personalidades individuales en la personalidad del césar-pontífice o del pontífice-césar. Individuo i sociedad son un eterno menor.

¿Para qué la libertad de la prensa? Nada tienen que discutir jentes que reciben la verdad descubierta.

¿Para qué gobiernos de eleccion, parlamentos? El óleo santo debe señalar al soberano e inspirarle la luz divina.

¿Para qué, en fin, el Estado? Es un rodaje perfectamente inútil. Basta con la Iglesia,

El ideal de los pueblos no debe ser ni la monarquia inglesa, ni la república yankee, sino la teocracia romana, el papa-rei. Esta es la lójica. Lo demas no son sino complicaciones inútiles o concesiones de la debilidad.

Pero falta el pueblo dispuesto a aceptar tales instituciones. En Roma misma, apénas consigue mantenerlas en perpétuos trances de agonía el Chassepot de la Francia imperial. Fuera de Roma, donde el absolutismo no ha tomado el camino del destierro, vive en la incertidumbre del dia siguiente.

Por eso, cuando los mas altos dignatarios del catolicismo se ponen al frente de la empresa reaccionaria, maldicen la civilizacion i sus conquistas, el siglo i sus luces, la independencia del espíritu i sus descubrimientos, los pueblos libres i sus instituciones; en fin, cuanto constituye el brillo, el poder, la grandeza de nuestra época, uno se pregunta asombrado, ¿a dónde quieren llegar? Se convierten de esta manera en los hombres de la mala nueva, de la lucha, de la catástrofe.

Pero se ajitan en vano.

Sin embargo, aun podrian ocasionar grandes desastres, que es urjente prevenir.

Ved a dònde van entre nosotros los ultra católicos. Van a la dominacion absoluta i a la guerra relijiosa. No admiten transacciones. O todo, o nada! es su divisa. La salud eterna es su suprema lei. La unidad de las creencias es su ideal. Pero no la unidad que nace de la identidad de convicciones, sino esa unidad monstruosa que nace del imperio de la fuerza.

Ahi está el oríjen de todas las guerras i de todos los despotismos relijiosos.

Tal es la perspectiva que tenemos delante de nosotros.

¿Quereis hacerla desaparecer?

Pues bien: apresurémonos a establecer una separacion completa entre la Iglesia i el Estado. Es el medio. No hai otro.

Esta separacion está no solo en las necesidades de la civilizacion, sino tambien en el espíritu i aun en la letra del Evanjelio.

El maestro jamas quiso mezclarse con los poderosos de la tierra. Decia:—DAD AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR, I A DIOS LO QUE ES DE DIOS.

¿Qué importa este precepto? Una declaracion terminante de que la sociedad relijiosa se mueve en una esfera propia i distinta de aquella en que ejercita su accion i su autoridad la sociedad civil. Ved a los primeros cristianos. Nunca se les persiguió como rebeldes al césar, sino a las creencias del césar. Vivian enteramente alejados del movimiento de los negocios públicos.

Decia tambien el maestro:—CUANDO ORES, es decir, cuando ejecutes acto de creyente, CIERRA TU PUERTA.

Agregaba todavía:—MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO.

Consecuencias:

Como creyente no dependo sino de Dios, quien a su vez, deja a las sociedades enteramente libres de organizarse segun las necesidades i los tiempos.

Si la relijion i la política debiesen ser inseparables, como lo pretenden los ultra-católicos, no se esplicaria que Jesucristo no tuviera una palabra para condenar los despotismos reinantes en su tiempo.

XIX

Todo lo que el creyente puede pedir a la sociedad, al Estado, a la lei humana, son garantías para la libertad de su creencia. Desde que exije otra cosa, se espone a ser oprimido o ser opresor; viene la competencia entre la Iglesia i el Estado, entre Dios i el césar que tantas complicaciones, tantos escándalos i trastornos ha provocado.

De allí deriva el patronato.

El Estado no se somete a prestar el ausilio de su espada, de sus jendarmes ni de sus ejecutores a decisiones que no hayan sufrido de antemano su alta revision. Esto lo convierte en el católico mas estraño. Como católico, debe tributar homenaje a las decisiones de la Iglesia, i sin embargo, héle ahí deteniéndolas, revisándolas, negándoles su patrocinio, condenándolas.

¿Cuál es en este caso su relijion?

Ninguna, está claro. Hemos llegado al Estado ateo,

que tanto espanta a ciertos creyentes demasiado nerviosos así como a ciertos políticos superficiales.

Hoi se tiene la cosa sin el nombre, la realidad sin las esterioridades. El Estado se declara católico, va al templo, a la misa, a la fiesta relijiosa en la persona de sus representantes, para ir a proceder en seguida como el libre pensador mas audaz. ¿Qué creyente se atreve a negar su homenaje a la bula, al breve, a la mas insignificante decision pontificia? Pues bien: el Estado lo hace. ¿Quién no recuerda como se condujo el hijo mayor de la Iglesia, el emperador Napoleon III, con la Encíclica del 8 de diciembre? La prohibió como un artículo peligroso. Trató al papa, su padre, su soberano espiritual, el vicario de Dios con la misma descortesía que a cualquier diarista de oposicion.

¿Hacia ahí acto de creyente o acto de ateo?

Sin abatir su poder hasta la servidumbre, no podia tener otra conducta dentro del réjimen de la Iglesia protejida. Es el Estado siervo, el Estado jendarme de la Iglesia el que pretenden crear los ultra-católicos, cuando reclaman la Iglesia libre de las intervenciones del Estado, pero protejida por el Estado, disponiendo de su espada, haciendo lei de sus mandatos. En este sistema el Estado seria una complicacion inútil, que desapareceria, mas tarde o mas temprano, para dar paso a la teocracia.

Seamos lójicos. Solo la lojica enjendra soluciones. La inconsecuencia no enjendra sino complicaciones que llevan a todas partes el malestar.

La lójica es el Estado sin relijion. No hai otra manera de que sea imparcial i equitativo.

XX

Ya escuchamos las protestas que parten casi de todos los campos.

—El Estado ateo! horror, abominacion, absurdo!

—Sí, señores, el Estado ateo!

Vamos a cuentas, i tengamos el valor de las palabras.

El Estado es el representante de todos los intereses colectivos de una sociedad, que pueden resumirse así: INVIOLABILIDAD DEL DERECHO DE CADA CUAL! IGUALDAD DE TODOS ANTE EL DERECHO!

La libertad de mi pensamiento, de la que es una de las manifestaciones primordiales la libertad de mi creencia, es un derecho que el Estado debe asegurarme. ¿Cómo estará mi derecho mejor garantido? Teniendo el Estado su creencia o no teniendo ninguna? Nos parece que esto ni necesita discutirse. Toda conviccion sincera es naturalmente intolerante e inclinada a la parcialidad. Si no es así, encontradme un sectario que no sea intolerante.

Desde que el Estado tiene una religion, tiene

derecho i deber de protejerla. Hé ahí destruida la igualdad del derecho, si el Estado proteje esclusivamente una relijion. Si las proteje todas, hé ahí apareciendo de nuevo el Estado incrédulo, el Estado indiferente, el Estado ateo. Cuando es una la relijion protejida, asalariada, se obliga a los sectarios de las otras relijiones a pagar un culto que no es el suyo, un servicio que no reciben. Cuando el Estado subviene a las necesidades de todos los cultos, ¿cómo saber lo que a cada cual corresponde en el fondo comun? Habrá una distribucion caprichosa, casual, ciega. Ya será el protestante pagando el sacerdote i el templo del católico; ya será el católico pagando el sacerdote i el templo del protestante; ya será, en fin, el indiferentista dando para todos los cultos.

Todo buen creyente querrá siempre que su dinero sea para su sacerdote, para su templo, para su enseñanza, para su verdad. En la libertad de los cultos jamas tendrá esta certeza si él no hace sus erogaciones personalmente. El servicio de las creencias no es un servicio colectivo sino individual.

Pero va a decírsenos:—El Estado sin relijion es el Estado sin moral. La relijion es la fuente de la moral.

Esto no es exacto.

Hai una moral social i una moral relijiosa, que no por tocarse en muchos puntos, dejan de ser perfectamente diversas.

La moral relijiosa traza al creyente la conducta que debe observar para cumplir con Dios i obtener sus bendiciones.

La moral social traza al hombre el camino que debe seguir para encontrar su propio bienestar i colaborar en que la sociedad de que forma parte sea próspera, ordenada, estable, feliz, grande.

Es indudable que la moral relijiosa fortifica en su accion a la moral social; pero no es ménos indudable que cualquiera intervencion del Estado en su terreno remata siempre en la tiranía. Confundid las dos morales, i lójicamente todos los delitos deben ser castigados aquí i allá, en la tierra i en el cielo;

deben caer bajo la accion del juez humano i del juez divino; el pecador debe ser arrastrado no solo ante el tribunal de la penitencia, sino tambien ante el juez correccional. Hé ahí al Estado cayendo en los procedimientos inquisitoriales, poniendo el oido entre el confesor i su penitente, introduciendo sus espías i sus jendarmes en la intimidad del hogar, tras las cortinas del misterio doméstico; héle allí haciendo oir a las paredes, ver a las cerraduras, turbando todos los sueños, espantando todas las conciencias, intentando una obra imposible o una obra atroz.

La moral relijiosa ha lejitimado todo esto. Miéntras tanto, la moral social siempre lo ha condenado, como contrario a los derechos de la humanidad, a la conveniencia de cada cual, que es una de sus bases esenciales. No la conveniencia egoista i brutal, sino esa otra conveniencia intelijente i racional que hace comprender al hombre la gran lei de la reciprocidad.

Moral humana i derecho humano arrancan de ahí. Esa es una lei que se cumple en todas las latitudes, para la que no hai fronteras ni meridianos. Sobre todo, es una lei que no necesita de revelaciones o ausilios sobrenaturales. No es indispensable tener una relijion para condenar el robo i el asesinato. Basta conocer la lei de la reciprocidad que

afirma que quien asesina o roba se espone al riesgo de ser robado o asesinado a su turno. Por eso, bien mirado, el deber no es un esfuerzo, sino un acto de razon, así como el delito no es, en el fondo, sino un raciocinio mal hecho. Nuestros actos no introducen perturbacion en las condiciones esenciales al órden social, que no refluya, mas o ménos, en nuestro propio daño. Hijo, me conviene mantener el respeto a mis padres. Si trabajo en destruirlo, ¿quién me asegura que mañana, cuando llegue a ser padre, no se me medirá con la misma vara que he medido? Marido, si rompo los deberes que me ligan a mi mujer, ¿quién me asegura que el ejemplo perturbador que doi, no irá a reflejarse un dia sobre mi hija? Ciudadano, si no respeto el derecho ajeno, ¿quién me garantiza que el mio no sea tratado con la misma irreverencia?

Tal es la verdad que es necesario hacer comprender a todos los miembros de la comunidad. Por eso, cuando se dice que es necesario hacer a la sociedad religiosa, moral, respetuosa de las leyes i de las autoridades; nosotros decimos: Es necesario hacerla racional!

———

Esta ha sido durante largos siglos la cuestion secundaria. Se ha ensayado el miedo a Dios i el miedo al césar. Se ha puesto en las manos de aquel el rayo i en las manos de este el hacha. No se ha puesto en ninguna mano la antorcha. Hé ahí al hombre bajo la tutela de una doble autoridad. El césar debia rejir sus acciones esteriores; el vicario de Dios sus pensamientos interiores: no tenia sino dejarse dirijir. De esta manera era todo ménos hombre; es decir, criatura racional.

Hé ahí lo que la civilizacion quiere que sea, i lo que solo podrá ser por la obra de la libertad.

Hé ahí lo que se querria impedirle que fuese, i para alcanzarlo se pone tal intento al amparo de los decretos del cielo.

Ah! cuándo comprenderán los que esto intentan que son responsables del malestar que hoi padecen las sociedades católicas?

Ved! cuáles son hoi las sociedades trabajadas por una duda mortal i que marchan a la decadencia, a la ruina o a las transformaciones träjicas? Son las sociedades católicas en las que la tradicion autoritaria en política i en relijion tiene todavía de su lado poderes constituidos, castas poderosas, preocupaciones seculares, errores consagrados como verdad oficial: es Francia, es España, es Italia, son las repúblicas americanas, es toda la familia latina educada de rodillas ante los césares i los pontífices, en el silencio, en la abdicacion, en el miedo a la razon.

¿Por qué la cuestion romana mantiene convulsa a la Italia, inquieta a la Francia, en armas al pontificado, es una de las grandes calamidades de esta época, uno de esos juegos frenéticos en que se apuestan tronos, coronas, creencias, libertades? Porque se ha hecho de esa cuestion la barrera que estorba la redencion definitiva de un pueblo; porque se ha hecho del papa-rei algo como el símbolo viviente de Dios. Suprimir en el papa el soberano

temporal se declara que seria dejar el mundo sin Dios. Nunca la temeridad fué mas léjos.

¿Por qué los espíritus liberales dudan, se alejan, vacilan en sus creencias? Porque se pretende mantener un antagonismo insensato entre la relijion i la libertad; porque se querria que en obediencia a Dios, a la Iglesia, a sus leyes i a sus príncipes abjurasen su credo liberal i precipitasen a las sociedades en la contra-revolucion; porque se intenta hacer callar prensas, tribunas, parlamentos, cátedras en homenaje a una estravagante unidad en la verdad que haria del mundo convento, redil, hato; porque no se comprende que el hombre libre es el único capaz de cumplir grandemente con su mision.

Mirad la sociedad asiática. Allí teneis el hombre de vuestro ideal, el hombre de rodillas. Aquello es una coleccion, no una colectividad.

Mirad, ahora, la sociedad norte-americana. Aquello es grande. Allí se siente vivir en cada hombre una voluntad, una intelijencia, una personalidad, una alma. Allí no hai esa lucha mortal entre el pasado autoritario i el porvenir liberal. Dios no es una complicacion mas en el choque de intereses, pasiones, ambiciones, cóleras, venganzas, virtudes, crímenes, infortunios, caidas i elevaciones, tempestades i calmas, catástrofes i fiestas, ocasos i alboradas de ese colosal panorama de la batalla de la

vida. Dios está en todos los hogares, en todos lo corazones, en todos los labios, sin que se le impon ga por mandato de césar, de pontífice o de lejisla dor. Consuela i reune, no divide ni desespera; e un lazo de fraternidad, no una bandera de guerra Ni una sola de las cuestiones abrumadoras i terri bles que llevan a cuestas, como una cruz, las socie dades educadas en el principio de autoridad, podri detener la marcha magnífica de aquella civilizacion La libertad allana los tropiezos, conjura los peligros resuelve los problemas en que se empantana nuestras autoridades de derecho divino, unjidas infalibles.

La relijion es la primera que aprovecha de es estado de cosas. Cada creyente vive perfectament tranquilo respecto al derecho de la verdad qu venera. Sabe bien que está fuera del vaiven del ca pricho humano. Cada cual tiene su templo, su sa cerdocio, su predicacion, su enseñanza, sin esperi mentar ní miedo, ni ódio brutal por las creencia de su vecino. Ni el católico quiere enviar al protes tante a las jemónias, ni éste reclama privilejios en nombre de la soberana voluntad de la mayoría. A nadie se le ocurre que la verdad necesita de la es pada del césar para no perecer. Ah! es que allí no se juega a la piedad, no se especula con la piedad no se abren créditos mercantiles, reputaciones so

iales, elevaciones políticas sobre la fianza de la iedad. Ah! es que allí, en fin, la relijion no se hace artido, arma de guerra, diario, panfleto, ni va a oner su propagacion i su defensa en manos de nergúmenos que profanen con sus contorsiones, us demencias i sus alaridos, àltar, cátedra, templo, ignidad sacerdotal. Nó. Allí el sacerdote vive para ios, para su templo, para sus feligreses, no trama ntrigas ni persecuciones, no lanza pastorales pro-lamas ni sermones de polémica militante. Allí se a al césar lo que es del césar, i a Dios lo que es de ios.

———

Iluminenos a todos esta elocuente enseñanza, pues el entredicho entre la Iglesia i la libertad toma proporciones alarmantes, merced a los políticos ultra-católicos i a sus sueños de poderío.

Si hai un pais en que ese entredicho no haya debido penetrar jamas, es Chile. Mas el partido católico hace cuanto puede para crearlo, introduciendo la cuestion relijiosa en toda cuestion política, científica, literaria, artística o social. Quiéranlo o no, escritores, pensadores, oradores, polemistas liberales deben hacer teolojía. Ya hablen de la libertad de la prensa o ya de la libertad de la enseñanza, ya de derecho o ya de moral, es forzoso que la relijion venga a tomar cartas en el juego. El uno es indiferentista, el otro ateo, impío el que le sigue, materialista el de mas allá. Jamas vimos mayor incontinencia en la provocacion.

Esto puede conducirnos a deplorables escenas i aun a crueles complicaciones que embaracen el triunfo definitivo del réjimen democrático, contra

el cual trabajan sus eternos enemigos en público i en privado, ruidosa i clandestinamente, en la prensa, en las asambleas, en el templo, en las aulas, en las sociedades políticas relijiosas, en el hogar de las familias, en la imajinacion de las mujeres, en el corazon de los niños, en la intelijencia de los jóvenes, en las codicias de la edad madura.

Se querria que odiásemos todo lo que la democracia tiene de grande, de venerable, de heróico.

Se querria que venerásemos a todos los jefes de la contra-revolucion, a los bendecidores o promotores de conquistas, de repartos de pueblos, de golpes de Estado, de fusilamientos, de deportaciones, de opresion.

Antonelli, Méiode, Labastida, Bomba, Isabel II, Claret, Patrocinio, Maximiliano, Francisco II, hé ahí los tipos de soberanos, de ministros, de sacerdotes, de conductores i salvadores de naciones que tienen entrada i favor en el hogar del partido católico.

Juarez, Garibaldi, todos los perseguidos, todos los mártires, todos los apóstoles de la libertad en política, en ciencia, en arte: filósofos, pensadores, escritores, oradores, publicistas sin cuya obra la intelijencia moderna no habria marchado ni habria arrojado un solo destello de luz, de verdad, de gloria, son hombres maldecidos, el espíritu de

Satan habita en ellos. ¡Cuidado con leer sus diarios, sus libros, sus discursos; con admirar sus heroismos, sus abnegaciones, sus pobrezas, estais perdidos! Todo lo que forma la grandeza de esta época debe ser repudiado por el buen católico.

El partido católico es un anatema *urbi et orbi* contra la civilizacion.

La victoria de semejante partido sería la catástrofe.

Pero el mundo no retrocede, marcha adelante.

Teocracias i aristocracias, gobiernos de las castas sacerdotales i de las castas oficiales ya no son sino un cadáver o una ruina. El porvenir es de la democracia, de los gobiernos del pueblo por el pueblo, en que la soberanía no es un hombre, sino cada hombre, porque toda intelijencia es una soberanía i una libertad.

Para contener esta gran evolucion humana seria indispensable cambiar ántes las leyes de la lójica.

Ocúpese el sacerdote del cielo, que es su mision, i deje la tierra a los hombres de buena voluntad. Todo lo demas es empresa de traficantes en creencias i de antiguos dominadores que no se resignan con las sentencias del tiempo. Su victoria no seria la victoria de Dios; seria la victoria de algun falso ídolo.

Ya ha concluido la era del hato. Principia la era del pueblo.

---

3 0112 061884794